

da la noche hasta las dos de la mañana: en ella les hablaba de los divinos Misterios, y por todos modos les hacia conocer á Dios y sus soberanos atributos, y les decia del Rey nuestro Señor, de su grandeza, Reynos y guerras. Todo lo admiraban los Indios, y no sin sagacidad le preguntaban por qué habia entrado á aquella tierra, cómo era el Rey, cómo habia pasado el mar, y qué era lo que buscaba, ó si habia entrado solo por ver sus tierras. Asegurábanle tambien, que ellos estaban de buena fe con los Españoles; y que por su parte no habia repugnancia para que se les pusieran nuevas Misiones.

Advirtió el Padre que quando les respondia á lo que habia entrado, informados de su estado é Instituto, les quadraba demasidamente, y celebraban mucho la figura de las sandalias, del hábito, y de la cuerda, piéndole con demasiada tenacidad, que les bautizase á sus hijos; lo que no pudieron conseguir por no haber certeza de que se les fundasen las Misiones: pero el disgusto que tenian con esta repulsa, se les mitigaba con decirles, que nuestro Rey era muy piadoso, y que en sabiendo sus buenas intenciones, les enviaria Misioneros que los enseñaran y vivieran con ellos. Confiesa el Padre, que aunque todos los Indios que habia tratado en su viage, y que habia visto en otras Naciones le habian quadrado; pero que con especialidad tenian el primer lugar en su afecto los del rio Gila, de los que bautizó quatro párvulos que estaban en gravísimo peligro, ó ya próximos á la muerte. El cuidado de la Mision que habia quedado sin Ministro, le obligó á volverse á ella, dándole escolta de una

Rancheria á la otra, y en todas les daban á el Padre y al Intérprete de lo que tenian; obsequios tales, y de tales gentes, y en la circunstancia de ir yotán pobre, decia el mismo Padre, sumamente apreciables.

Luego coñrió la voz de la visita del Misionero por todas las Rancherias de los Gentiles que pueblan el rio Gila, y atraidos del buen olor de Christo, cuya Fe y Evangelio se les anunciaba, se alegraron todos, y mas por la esperanza de que habia de volver á visitarlos: pero luego que llegó á la Mision, lleno de gozo y de zelo por haber hallado tan ricos tesoros, le acometió un accidente apoplético que lo tuvo privado de sentido y de la habla veinte y quatro horas, viniendo á terminarse en unos cruellísimos fríos, que le hicieron padecer mucho tiempo; y fue providencia divina que viéndole tan debilitado el Misionero de Guévavi, le obligó á que mudara de temperamento, pues ya estaba su vida en el último peligro; porque estando en la dicha Mision, cayeron á la suya los bárbaros Apaches, con tal furor, que le hubieran matado, ó se lo hubieran llevado vivo, como se llevaron los dos Soldados que estaban de escolta, para quitarles las vidas con los cruces é inhumanos tormentos que en sus mitotes les sugieren los Demonios: Mataron al Gobernador del Pueblo, y dexándolo todo destruido, se robaron la caballada y el ganado, y hubieran hecho sangrientos destrozos, si con la ocasion de no estar en la Mision el Padre, no se hubiera salido toda la gente para proveerse de los frutos silvestres que por Octubre se maduran en los montes.

CAPÍTULO XV.

De otras penosas tareas que en su Apostólico ministerio padecian los Misioneros.

ENTRE los estruendos de la guerra, y los estragos de la alevosia, recibieron los Religiosos las Misiones con no pocas angustias de sus almas, viendo muchas del todo arruinadas, y que todas estaban combatidas, las del Norte por los inhumanos Apaches, y las del Sur por los impios Seres, que habian arrastrado á su rebelion á los mas de los Indios de las Misiones, obligándolos á destruir sus propias casas y familias. Son estos Seres una indómita Nacion que se extiende por todas las playas que corren casi noventa leguas desde el desemboque del rio Hiaqui hasta la costa de Caborca; es la única que desde la poblacion de las Misiones de las Pimerias no se ha podido reducir á que viva en Pueblos y Doctrina; pues aunque fue la primera á que se le concedió una Mision desde el principio en que se fundaron las otras, y aunque se han bautizado muchos, y varias veces se ha intentado pasarlos á tierras fructíferas para poderlos administrar; pero todo se ha frustrado, así por su natural barbarie, que no se quiere separar de aquellas áridas, estériles y areniscas playas, como porque faltando en ellas la agua, ningun establecimiento pudiera tener subsistencia, pues solo ellos pueden mantenerse de solo la pesca.

No por eso son tan abstinentes, ni abstemios, que dexen de robar los ganados, ni de exprimir los mez-

cales, con destruccion de la Provincia, pues siendo el asilo de todos los facinerosos, hay entre ellos Mulatos y de otras castas, y bastantes fugitivos de las Misiones; y por eso aliados con ellos los mal contentos de los Pimas, Sobampas y Piticqueños, andaban en quadrillas haciendo formidables daños por todos aquellos Pueblos. Ya fue preciso contener y castigar la insolencia de tan continuos robos, daños y muertes, y mandó el Señor Virrey Tropa veterana desde México, en los mismos barcos en que fueron los Religiosos, para que unida con la de aquellos Presidios, se les hiciese á los rebeldes la guerra, sujetándolos con el rigor de las armas. A este fin, y el de reconquistar aquellos Indios alzados, autorizó el Excmo. Señor Virrey con el título de Teniente General para todas las expediciones de las Provincias internas, al Illmo. Señor Don Joseph Galvez, el que habiendo desembarcado en la California austral desde Julio de sesenta y ocho, no pudo desembarazarse de las ocurrencias de aquella Península para pasar á la Sonora hasta el siguiente año de sesenta y nueve; y considerando el infeliz estado en que esta Provincia estaba por la guerra viva que á los Indios rebeldes se les hacia, y movido de piedad christiana, desde el Puerto de la Paz le escribió al P. Presidente Fr. Mariano Buena en Carta reservada, que estando ya

« proximo para pasar á Sonora, de-
 « seaba conseguir por medios pacifi-
 « cos la reduccion de aquellos Indios,
 « y que fiaba de su zelo que propor-
 « cionaria los medios mas eficaces pa-
 « ra hacerles saber, que si dexando
 « los cerros se le presentaban rendi-
 « dos luego que llegara, les perdonar-
 « ia las vidas en nombre del Rey, de
 « quien tenia facultad para hacerlo,
 « como tambien para castigarlos, si se
 « obstinaban en su perfidia: y que esto
 « fuera con tal secreto, que nadie pu-
 « diera entender que era propuesta
 « suya.»

Era esta comision muy conforme á los deseos del Padre Presidente, y adoptándola gustoso, le contestó al Señor Visitador por el mes de Abril, resuelto á cumplirla por sí mismo. Salíó de la Mision de Ures con el ánimo de ir al cerro Prieto en busca de los rebeldes, á ver si doblegaba su obstinacion la divina palabra, ya que todavia no habia hecho en ellos mella todo el valor, operaciones y continua bateria de la Tropa: con solo este fin corrió toda la Pimeria, despachando de todas las Misiones emisarios, que explorasen los sitios donde se abrigaban los alzados; pero ningunas diligencias fueron bastantes para averiguarlo, ó porque los enviados tenian miedo de ser cogidos, ó por no hacer la diligencia con empeño. Habia ido el Padre Presidente á la Mision de Tecoripa, en donde era Ministro el P. Fr. Juan Sarobe, y viendo éste su desconsuelo, le ofreció que iria él con los Indios, y haria lo posible para hallar á los alzados y persuadirles su reduccion, y en esta confianza partió el Padre Presidente á la Mision de Onabas en la Provincia de Ostimuri, en donde habian estado los rebeldes aquellos meses ha-

ciendo las mayores crueldades, y podia ser mas fácil saber de ellos.

A ese mismo tiempo se estaba previniendo por el Capitan Comandante del Pitic, el salir inmediatamente con la Tropa guiada de un fiel práctico, á un ataque formal, que segun su disposicion y armamento, esperaba seria un golpe decisivo, pues no tenian duda sus resultados; pero en la noche antecedente á la marcha, se privó la resolucion por la llegada del Señor Galvez á Sonora, y del decreto en que ordenaba á todos los Gefes suspendieran toda la hostilidad contra los enemigos, concediéndoles quarenta dias para que se le presentaran á discrecion, ofreciéndoles, si lo executaban, perdonarles las vidas. Luego que el Padre Sarobe leyó el bando, juzgó que aquel mismo dia era el mas oportuno para ir á buscar á los Indios, y prometerles el perdon de sus vidas sobre seguro, para lo que se aprontó gustosísimo; pero el Oficial que tenia de escolta procuró por quantos medios pudo reducir al Padre á que no fuese, haciéndole presente que los bárbaros no aprecian el bien, y ménos el carácter sacerdotal, pues dos meses habia que mataron á un Cura; pero el Padre le respondió, que iba á ver si podia libertar tantas almas del Infierno, á donde irian sin remedio si morian en el cerro, pues á mas de ser apóstatas, habian cometido los mayores sacrilegios, homicidios y robos, y que si á él le mataban, moriría por Dios: aun los Indios de la Mision le disuadian al Padre su intento; porque todos esperaban que no podia tener buen suceso, por los malos influxos que obstinaban en su rebeldia á los alzados.

Pero estaba animado de otro mas noble y generoso espíritu el co-

razon del Misionero, y sin mas compañía que el Crucifixo que llevaba al pecho, y una Imágen de nuestra Señora de Guadalupe, sin mas equipage que el Breviario, sin mas repuesto que un poco de pinole y tasajos, tomó dos Indios de Tecoripa, y dos de Suaquí, para guías y Intérpretes, y el dia trece de Mayo de sesenta y nueve comenzó intrépido y á pie su camino, y caminando entre Poniente y Sur, llegaron el dia quince como á las diez de la mañana á un caxon muy barrancoso del Cerro verde, y quedándose el Padre con un Indio á rezar el Oficio divino en un aguage, envió los otros tres á que explorasen la tierra desde arriba, y caso que encontraran algunos Indios, les dixesen que los esperaba, y si no quisiesen venir á verle, les dixesen que iba á tratar con ellos negocios muy importantes á el bien de ellos mismos. Apenas acabó el Padre de rezar, quando baxaron los tres Indios diciendo, que los alzados tenian en la cumbre del cerro su Rancheria, y que aunque de léjos les dieron el recado, no los habian creído; pero que un tal Ignacio Tuaspa, cuñado de uno de los mensageros, y que habia un año que andaba fugitivo de la Mision, les habia dado crédito, y que sin duda baxarian á donde el Padre estaba: fue ésta para su corazon muy agradable noticia, y mas quando vió que ya baxaban del cerro muchos con las armas en las manos, y aun con las flechas en el arco. Solo Ignacio las dexó ántes de llegar al Padre, y veneró la Imágen de nuestra Señora, que tenia descubierta y pendiente de un árbol.

Poco á poco fueron llegando otros, sin dexar las armas, y viendo el Padre que ya eran treinta y dos mugeres, una cautiva, y la muger de

Ignacio, les franqueó el pinole y tasa-jo que llevaba, y admitido de los mas el regalo, les fue suavemente persuadiendo que dexasen aquella miserable vida, con que sin remedio se iban al Infierno, y que de baxarse les resultarian muchos bienes espirituales y corporales, prometiéndoles que no les harian daño, ni los castigarian los Españoles: y como vió que lo escuchaban con atencion, pues muchos de ellos entendian la lengua Española, con todo hizo que el Intérprete les repitiera lo que habia dicho, en la suya: de suerte que llegó el Padre á creer que todos estaban convencidos y resueltos á baxarse con él. Viendo este tan favorable efecto, les preguntó donde estaban los Seris y Piatos, pues todos los que habian baxado eran Suaquis y Pimas baxos, porque queria que lo condujeran á donde estaban, porque tambien los queria mucho, y les queria dar buenos consejos; pero ellos le respondieron, que no hiciera tal cosa, porque sin duda lo harian pedazos, sino que les escribiera en un papel lo que quisiera, que entre ellos habia quien supiera leer, y sin riesgo podria conseguir lo que deseaba. Aceptó el Padre el consejo, porque llevaba el recado necesario: pero al tiempo de escribir, uno de ellos le agarró derepente el brazo, y pidiéndole por el Señor que llevaba en el pecho que lo soltara, le respondió con voces bien articuladas: aquí has de morir, embustero. Oído esto el Padre, recogió todo su interior para encomendar á Dios su alma, y pedirle misericordia para la del infeliz que lo oprimia.

Asido del Padre pedia aquel desdichado á otros tres ó quatro de su parcialidad favor, para colgarlo de una higuera cimarrona á cuya som-

bra estaban, y flecharlo hasta quitarle la vida: en esto tomó el Indio Ignacio sus armas, y poniendo la flecha en el arco, les pedía á los de su parcialidad lo ayudasen para defender al Padre, y amenazaba á los que querían quitarle la vida: púsose á su lado con uno de los que habían ido con el Padre, aunque sin armas, pues los otros tres ya habían huido. Estuvieron un buen rato altercando de razones el que había cogido al Padre, y Ignacio, estando el Padre sentado en el suelo, sin hacer resistencia alguna, sino ocupado solo en sacrificarle á Dios su vida, y viendo aquel encarnizado lobo que ninguno le ayudaba, soltó al Padre, y cogió las flechas; pero al mismo tiempo que enarcó para dispararle, Ignacio enarcó para él: esto lo suspendió; pero á poco rato volvió á su intento, y Ignacio repitió el suyo, repitiendo hasta quatro veces el apuntar él al Padre, y Ignacio á él, por lo que uno de sus parciales se abrazó con él, sin que ninguno otro intentara hacerle mal al Padre, solo un viejo Gentil aderezaba las flechas, y habló con Ignacio, y éste le dixo: Padre, vamos saliendo, y levantándose el Padre del suelo, le encargó al Indio de su Mision que recogiera el Breviario y la Imágen de nuestra Señora, y comenzó á salir del caxon acompañado de solo Ignacio.

Quando iban en la mitad del caxon oyeron voces que daban donde habían salido, y aunque no las entendió el Padre, infirió que le avisaban á Ignacio, que venia tras de ellos el que quiso quitarle la vida, y fue así, porque á poco rato de haberse desprendido del aguage, el que lo tenía abrazado, se dió tal priesa en seguirlos, que al salir el

Padre del caxon, ya lo vió á un lado de la vereda, y que enarcó contra él, por lo que apretó á correr, Ignacio no pudo flechar al contrario, porque estaban tan cerca que pudo abrazarse de él, y estaban luchando á brazo partido quando llegó el otro Indio que había de traer el Breviario: éste venia ya herido por uno de los parciales del atrevido y obstinado rebelde: tampoco pudo sacar ni el Breviario, ni la Imágen, ó porque no se le permitió recogerla, ó porque no se lo permitieron; pero él no vió mas al Padre, ni tampoco Ignacio, pues quando él quedó bregando con el alzado, hizo una carrera larga, y temiendo que lo alcanzaran, se metió en un montecillo, en donde estuvo escondido hasta la noche, pero con grandes sustos, pues oía el tropel de los que lo buscaban por las dos veredas que lo cercaban: desde allí oía tambien una grande vocería en el aguage de donde había salido; pero no vió á ninguno. Era la noche de Luna, y solo caminó sin sombrero, ni otro abrigo que el hábito, hasta la madrugada, que quebrantó un poco el sueño.

El siguiente dia siguió por montes y cerros la que le pareció de rezera de su Mision, y como á las diez de la mañana al baxar un cerro muy espeso oyó un alarido de Indios, y sintió el tropel de los caballos, que sirvió solo de renovar su sacrificio, pues no vió á persona alguna: y sintiendo que el tropel llevaba otro rumbo del que él seguia, prosiguió su caminata, la que al siguiente dia le era intolerable, por la sed que lo afligia; pero á la tarde le deparó la Providencia un aguage en que pudo saciar su mortal congoja. Al otro dia caminó todo él por sendas anchas y

trilladas sin saber á donde iria; pero viéndose muy fatigado de la hambre, no quiso dexarlo: lo mismo hizo el siguiente dia, porque decia: «Si el Señor me dá fuerza para andar, el término será algun Poblado; y si fuere su santísima voluntad el que á la violencia de la necesidad acabe con la vida, será factible que dén en breve con mi cadaver.» Con esta conformidad y resignacion en la voluntad divina, caminaba consolado, quando como de repente, enconró un caballo que arrastraba un cabestro, y aunque deseaba cogerlo, pero no tuvo esfuerzo para hacerlo, y poco á poco iba prosiguiendo su camino, no sin esperanza de encontrar con alguno, y fue así, que á no muy larga distancia vió dos hombres que seguian el rastro del caballo; los que alegrándose mucho de haberlo hallado, uno con gran caridad lo montó en su caballo, pues el Padre ya no tenia fuerzas para hacerlo, y en breve espacio lo conduxo á Suaqui, en donde le dieron un poco de atole de pinole, por no haber otro alimento, y de allí á Tecoripa, que era la Mision que administraba: admirando todos como vivia sin haber tomado alimento alguno desde el dia quince que comió el pinole y tasaño con los Indios, ni haber bebido agua sino una vez, hasta el dia diez y nueve, que llegó estropeado de tan largo y penoso camino, con el sobresalto de que lo buscaran los Indios, y sin tener conocimiento de las tierras en que andaba, ni mas norte para salir de tan furiosa borrasca, que el de la voluntad divina. En Tecoripa estaba ya por orden del Padre Presidente, el P. Fr. Joseph Caxa, para que se hiciesen las mayores diligencias de buscarlo vivo ó muerto, y habiéndose restaurado algo, á los

dos dias se pasaron á Onavas, para que el Padre Presidente se consolase. Ni fue del todo infructuosa tan desgraciada jornada, porque sabiendo Ignacio Tuaspa que el Padre había salido á su Mision, él, su muger y otros nueve que andaban entre los rebeldes mas había de un año, desertaron de tan infame compañía, y se presentaron en Belen, con tan distinguidos méritos, como haber él defendido generosa y constantemente la vida del Padre, y su muger la Imágen de nuestra Señora, habiendo hecho pedazos el Breviario aquellos indómitos bárbaros.

El Señor Visitador quando supo el suceso, y que habiendo salido de San Joseph de Pimas muchos Indios con algunos Soldados, y llegado al aguage de la tragedia, y casi todos los Indios de Tecoripa, y ninguno había sabido del Padre, le escribió al Padre Presidente de su propio puño, y manifestándose tan exemplarizado y agradecido, como condolido de lo acaecido, le mandó un orden expreso para los Señores Gefes de la Tropa, Capitanes de los Presidios, y Justicias de los Pueblos, para que todos concurrieran con quanta gente el Padre pidiese, y executaran luego quanto fuese á su cuidado. Todos universalmente manifestaron el aprecio, afecto y devocion con que miraban á los Misioneros, y si el Padre Presidente se hubiera dexado llevar de sus afectos y persuasiones, hubiera alborotado y puesto en campaña toda la tierra; pero reflexó con prudencia que no las armas, sino la Providencia divina dirigiria el suceso á su mayor honra, y sin las fatales consecuencias de la perdicion de las almas de los Infieles que murieran.

En este mismo año de sesenta

y nueve, habian hostigado los Apaches con sus continuas invasiones, muertes y robos á todos los Presidios y Misiones, por lo que se les fue á dar una campaña á sus propias tierras, y llevando para Capellan al P. Fr. Francisco Garzéz, pudo satisfacer la curiosidad con que siempre anhelaba á ver y exáminar las tierras para informar de sus calidades, con el fin del establecimiento de las Misiones. Vió las que habian sido habitadas por los Indios Subaípures, que son parcialidad de los Pimas, lastimosamente desiertas por la bárbara persecucion de los Apaches: de modo que con las observaciones de los parages, rios y demas cosas que fue notando en la ida y vuelta de la jornada, y con las que habia visto el año antecedente en la entrada que hizo á los rios de Gila y Colorado, pudo formar un informe instructivo de las oportunidades para propagar la fe entre aquellas numerosas Naciones, que presentó al Padre Presidente Fr. Mariano Buena, y éste con el mismo zelo lo puso en manos del Illmo. Señor Don Joseph Galvez. Ardía en el corazon de este noble Mipistro ese zelo mismo, y así apreció con notables expresiones todas las noticias, que le hicieron concebir vivos deseos de pasar personalmente hasta el rio Gila, y en su vista dar las providencias mas eficaces y prontas para el logro de tantas almas. Pero la interminable tarea con que de día y de noche se fatigaba en el servicio del Rey, y restablecimiento de aquellas Provincias, habia debilitado su salud y sus fuerzas, hasta obligarlo el siguiente año á retirarse para México, con cuya falta calmó el favorable viento que llevaban sus proyectos en la conversion de aquellos infelices In-

dios, quando se esperaba todo su remedio por el zelo de su christiano pecho, y las omnímodas facultades que gozaba en su gobierno.

Era la solicitud de este illustre Señor tan prouida en todas las incidencias de su dilatado gobierno, que pesadas en la balanza de Astrea, que únicamente tenia por regla, les daba con tal proporcion las providencias, que siempre eran hijas de una consumada prudencia. De este solo principio pudo nacer el que despues de muchas reflexiones, les mandara á los Comisarios de las Temporalidades de las Misiones, el que las entregaran á los Misioneros, lo que sin duda fue para los Padres de mas peso, que el que sentian en sus indigencias, y en la ninguna subordinacion de los Indios; pues esto era padecer, que es propio de los Ministros del Evangelio; pero la direccion de bienes temporales les parecia opuesta á su apostólico ministerio: con este temor algunos Religiosos le hicieron humildes representaciones de su inhabilidad natural y espiritual para el encargo; pero estaba ya informado de todo como docto y experimentado, y por eso el recurso fue nuevo estímulo para que á nombre de S. M. las recibieran, por lo que cautelando los bastardos discursos, y que en ningun tiempo se presume que esta fue pretension de los Misioneros, se hace preciso se vean los motivos que tuvo S. Illmá. para expedir el siguiente decreto.

«Á fin de que con el debido conocimiento, y posible prontitud, pueda yo tomar las providencias que deseo dar en alivio de los Indios naturales de las Misiones, que están al cargo y administracion de los muy Reverendos Padres Misioneros

de Propaganda Fide del Colegio de la Santísima Cruz de Querétaro, mando á todos y á cada uno de los Comisarios Reales á cuyo cuidado se puso providencialmente la administracion temporal de las expresadas Misiones, que desde luego entreguen por individuales inventarios todos los efectos, bienes, ganados y demas de su manejo, á dichos Reverendos Padres Misioneros, para que executada la entrega, formen los Comisarios, y me remitan sin demora las cuentas justificadas del tiempo de su administracion, y confiada á nombre de S. M. la direccion de dichas Temporalidades de las Misiones á los Reverendos Padres Ministros de ellas, espero las tomarán á su cuidado, y les encargo me envíen con arreglo á los inventarios que formarán, y firmarán con los Comisarios, un estado ó nota en compendio, sacada por sus Reverendísimas de las existencias temporales y respectivas á cada Mision, á efecto de que recaigan brevemente mis determinaciones ulteriores. Dado en el Real de los Alamos á tres de Junio de mil setecientos sesenta y nueve—Joseph de Galvez.»

No era la administracion que se les confiaba á los Religiosos la negociacion prohibida, que escrupulizaron algunos Misioneros nuevos; era aquella caritativa tutoría y feliz aunque onoroso medio con que fundaron, conservaron y establecieron en las Provincias de Cohaguila y Texas las Misiones los Padres antiguos, y con que se ha agregado, y se atrae á ellas innumerable gentilismo; y no siendo los Indios de las Pimerias de otra naturaleza, ni de mejor economia y política que aquellos de la Costa, era preciso que mirando á su bien espi-

ritual y temporal, el que habia sido práctico Misionero por muchos años, y habia logrado los frutos de tan oportunos medios, se valiera de ellos para proponerlos como calificados principios, para que se lograsen en estas Conversiones, como hasta hoy se logran en aquellas, en beneficio de muchas almas.

Así lo hizo el Padre Presidente Fr. Mariano Buena, exponiendo en un clarísimo informe al Señor Visitador las razones que le parecieron convencer por necesaria en aquellas circunstancias la administracion de las Temporalidades en los Ministros: con los mismos Comisarios de ellas testifica, ser aquellos Indios, especialmente los de las Pimerias, tan dados á la ociosidad y altanería, que aunque sea á costa de su incomodidad, y aun peligro de sus vidas, no harán mansion en sus Pueblos, ni atenderán á sus familias, cultivarán sus tierras, ni conservarán sus bienes, dexándolos á su voluntad y arbitrio, si no se les premia á algun reconocimiento y moderado trabajo: y así le dice al Señor Visitador: «si se les reparten los ganados, caballada, bucyes y aperos que las Misiones tenían para el cultivo de las tierras y sus necesarios trabajos, esté V. S. I. cierto, que todo les durará el tiempo que tardaren en comerlo, ó la ocasion de malbaratarlo, si no dexan ántes perderlo, por no tener el trabajo de cuidarlo ó de recogerlo, porque es una gente que no premedita la necesidad futura, ni previene y guarda lo que para el año necesita.» Esto se comprobaba con lo mismo que habian hecho aquel año malbaratando sus frutos; y así argüía el Padre Presidente: «Si esto sucede ahora que están unidos todos

«los bienes, y hay algunos aperos, ¿qué
«podemos esperar que suceda quando
«ellos ya no tendrán ningunos de los
«que se les repartièrent, ni nosotros
«arbitrio para solicitárselos, ni con
«que poder ocurrir al socorro forzo-
«so é inevitable medio para tenerlos
«congregados en Pueblos, é instruir-
«los en la Fe, y observancia de los
«preceptos que deben guardar como
«Christianos? ¿Como podrémos en tan
«irremediable y extrema necesidad
«evitarles que se retiren á los mon-
«tes, para sustentarse de los silvestres
«mantenimientos, que por ménos cos-
«tosos aprecian ellos tanto, y fue en
«su gentilidad su primer nutrimento?
«¿Con qué arreglamiento á lo Católico
«vivirán estos miserables en las sel-
«vas? ¿Con qué socorro temporal ni
«espiritual saldrán de esta vida? ¿Ni
«cómo, por mas que se calze alas
«nuestro zelo, podrá seguir sus erra-
«das huellas?»

Ponderaba tambien el desamor é insensibilidad con que estos Indios miran en sus enfermedades á sus Padres, mugeres y hijos, pues no se compadecen de ellos, mas que de los extraños ó enemigos, dexándolos morir en un total desamparo: de forma, que si el Misionero no los ampara, perecen; y si no cuidara de darles sepultura, allí se corrompieran; pues su vana supersticion los hace huir de la choza, y al punto desamparan á la viuda y á sus hijos, aunque sean muy pequeños, y queden del todo huérfanos: con este mismo abandono andan

tambien los viejos y los inválidos, y por estas y otras muy graves urgencias que le expone el Padre Presidente al Señor Visitador, le hacia patente ser de justicia que en las Misiones hubiera bienes de Comunidad, y que éstos los administraran los Misioneros, para evitar los inconvenientes de su irracional desgobierno: le proponia que cada uno sembrara quanto quisiera y pudiera, para lo que le ayudaria el Padre, y con eso se irian habilitando para el trato y comercio; pero que todos sembraran tambien de Comunidad lo que se juzgase necesario para la manutencion y racion, semanaria de los imposibilitados, viudas, huérfanos, enfermos y Gentiles recién traídos, y para los que no tuvieron en sus particulares cosechas lo suficiente para el año: y para que no abusaran de esta providencia, que no se les permitiera vender el maíz y trigo que en particular cosecharan, sin noticia del Padre, para que solo contraten con el que no haga falta para semilla y gasto de todo el año. Estos y otros objetos necesarios á la piedad y á la Religion fueron los de la administracion impetrada de las Temporalidades, y los que vió por sus ojos el que se las confió á los Misioneros, no ménos evidenciado de no resultar de ella otros proventos, ó intereses que no fueran de los Indios, ni que para ellos mediaran negociaciones indecentes ni agenas de su Instituto, pues solo era directiva de su mejor distribucion, y arreglado gobierno.

CAPÍTULO XVI.

Progresos del ministerio apostólico, y viages de los Misioneros á las Naciones de los Gentiles.

LO mismo fue visitar Joseph como Teniente General del Egipto las Provincias de su gobierno, que quedar beneficiados los Pueblos; porque en los ojos de los que gobiernan está toda la felicidad de los Vasallos, y lo mismo es mirar sus ahogos que remediarlos. Ya el Señor Visitador habia visto que con la administracion de los frutos de las Misiones se abrigan los huérfanos, se amparaban las viudas, se socorrian los viejos, inválidos y enfermos, y que se alimentaban los necesitados, y los que iban ya recogiendo á sus Pueblos, atraídos sin duda de esos mismos socorros; y aunque en todo esto lograban los Ministros no pocas satisfacciones de su zelo, pues les explicaban á esos vagos la Doctrina Christiana, de que vivian tan olvidados; pero todavia fatigaban sus corazones el desconsuelo y el escrúpulo de verse solos con la administracion de los Sacramentos, é instruccion debida para recibirlos, á todos los que habitaban en las Visitas de cada Mision, por la grande distancia en que estaban de su Cabecera.

El Padre Presidente á nombre de todos representó al Illmo. Visitador sus angustias, y entre otras ponderosas razones decia en su informe: «Es constante, Señor, que no teniendo «estos novísimos Christianos á la visita á sus Ministros, no asisten á la «Doctrina, dan al olvido quanto se «les enseña, desprecian todo el uso «de lo devoto y christiano, y en con-

«tinuo ocio viven solo maquinando
«el daño del próximo, porque no tie-
«nen, quieren, ni buscan otro arbitrio
«para su sustento, teniéndolo en el
«hurto sin trabajo, y libre todo el
«tiempo para darse al logro de sus
«torpes apetitos, supersticiosos abusos,
«y bayles mas que escandalosos, sin ser
«posible al Ministro mas zeloso po-
«ner á estos tan gravísimos males re-
«medio: por lo que es el mayor mar-
«tirio de las conciencias de los Misio-
«neros el ser llamados á toda priesa
«á administrar á uno de estos pobres
«infelices; pues si el accidente dá lu-
«gar para examinarlos de los Misterios
«de la Fe, que es necesario saber, ó
«la fiebre, ó el dolor, ó su propia de-
«cidia, hacen que á nada atiendan, y
«mueran en su ignorancia; riesgo casi
«inevitable, por las distancias hasta
«de quince leguas que hay de las
«Misiones á las Visitas, pues siendo
«en los Indios connatural el descuido,
«y mas en las cosas de Christianos, es
«menester que el Señor obre un mila-
«gro para que cada enfermo muera
«dispuesto con los Santos Sacramen-
«tos: porque el que trae el aviso ha
«de andar muchas leguas, otras tan-
«tas el Ministro, ó mas si está en
«otro Pueblo, y siempre vá expuesto
«al peligro de los enemigos; por no
«llevar mas escolta que dos ó tres
«Indios, que en viéndolos procuran
«huir de sus manos.»

Pero parece que pedian estos racionios, en la eficacia con que la per-

suadieron los ojos; porque marchando el Señor Visitador para el Pitic de los Seris, que era el quartel general de las armas, posó en la Mision de Tecoripa, y siguiendo su camino, llegó á San Joseph de los Pimas, que era su Visita, y vió la distancia de quince leguas en que estaba de su Cabecera, y así conoció la verdad de lo que se le habia informado, y de la necesidad espiritual en que aquellos Indios vivian, y ordenó desde luego que se estableciese en este Pueblo Mision separada, con un Ministro de asistencia, para lo que informó al Señor Virrey, y se verificó por Mayo, que envió para ella Ministro el Padre Guardian y su Venerable Discretorio. No fueron para éste de poca satisfaccion las razones del Padre Presidente, pues fueron de tanto peso en su consideracion para dar á los Misioneros el consuelo y alivio de no estar solos, sabiendo que la sociedad religiosa conduce eficazmente al desempeño de las obligaciones del estado, y de las cargas del Instituto, mayormente quando alguno está enfermo, que luego dió providencia para que fueran otros Religiosos supernumerarios; pues aunque siempre ha solicitado estén en cada Mision dos Ministros, pero siendo tan limitado el sínodo que en aquellas estaba señalado á cada uno, y no siendo el modo en que se le daba bastante para sus necesarios, ya que se facilitó en las nuevas providencias poderse alimentar de la Mision dos, y con el sínodo enviarles del Colegio hábitos y demas socorros religiosos, se consiguió también el beneficio de que estuviéran acompañados, y el mas importante de que tuvieran oportunidad para entrar á las tierras de los Gentiles, y propagar la Fe entre tan crecidas Naciones como

las que se iban descubriendo.

Iba el Señor Visitador al Pitic de los Seris con esperanza de que estos rebeldes se rindieran de paz, y llegando á la Mision de Ures le comunicó al Padre Presidente sus designios, de que si baxaban los Indios se les pusiera Mision, así para sujetarlos como para instruirlos; á lo que el Padre se ofreció gustoso, y que iria de muy buena gana de su Ministro, para lo que lo fue acompañando; pero no tuvieron este gusto, porque los Indios, acaso desconfiados por los malos influxos de los que estaban entre ellos, no quisieron desamparar el cerro Prieto. Cada día se agrababan mas los accidentes que padecia en su salud el Señor Visitador, y siéndole muy incómodo aquel temperamento, se volvió con el Padre Presidente á la Mision de Ures, en donde le asistió y sirvió con la mayor eficacia, solicitando de todos modos sus alivios, y conociendo las piadosas intenciones que tenia á favor de aquellos Indios, le comunicaba las noticias que el Padre Garzes le enviaba de las apreciables disposiciones que habia visto en todos los Gentiles que poblaban el rio Colorado y el de Gila, para establecer en ellos Mision, lo que le pedian con instancias; y estas especies las oía el Señor Visitador con mucho gusto, y movian su ánimo á desear el restablecimiento de su salud para ir á ver por sí mismo aquellas numerosas Naciones, y dar las providencias que facilitarán el logro de tantas almas: pero las esperanzas, que eran de creer cumplidas, si se verificara tan favorable Visita, no tuvieron efecto, porque luego que se fue mitigando el rigor de los síntomas que lo afligian, pareció prudente resolucion la de que se retirara de aquel ingrato tempera-

mento, y buscara su convalecencia en el de México. Para satisfacer á los encargos del Exmó. Señor Virrey, se la comunicó el Padre Presidente el mes de Enero, y S. E. le respondió: «La Carta de V. R. me ha producido un regocijo y satisfaccion inexplicables, por ver en ella calificado el mayor de mis deseos, con la continuacion de la mejoría que habia conseguido mi estimado amigo el Señor Visitador general, y la noticia de que quedaba resuelto á emprender su marcha á esta Capital: y por lo mismo considero á dicho Illmó. en Chiguagua acompañado de V. R. de quien nunca dudé se prestase gustoso á ejecutarlo hasta esta Capital, si fuese necesario, como por su citada me lo afianza en términos tan propios de la christiana caridad de V. R. como dignos ahora y siempre de toda mi estimacion y aprecio.»

Habia estado el Illmó. enfermo desde el mes de Octubre en la Mision de Ures, y compañía del P. Fr. Mariano, y aliviado de sus accidentes, salió de ella el mes de Mayo del siguiente año de setenta, en que no quiso dexar su compañía, y se la hizo hasta la Villa de Chiguagua, en donde le rogó el Illmó. que se restituyese á Sonora, con encargos de su mayor confianza, y lo hizo el Padre tanto por su obsequio, como por decirle en su Carta el Exmó. Señor Virrey: «Por todo quanto V. R. se dignó contribuir para la mejor asistencia y socorro de este Illmó. le duplico las mas expresivas gracias. Y como no sea mi ánimo ocasionar á V. R. molestias sin mayor necesidad, tengo á bien dexarle en libre arbitrio para que de qualquiera parage que, con el previo consentimiento del Señor Visitador, juzgue convenirle su regreso á su

destino, pueda ejecutarlo, excusándose tal vez de este modo un doctable camino.»

El mismo mes de Mayo, la Nacion de los Seris, refugiados en el cerro Prieto y sus inmediaciones, baxó rendida y se presentó en el quartel del Pitic, á excepcion de una pequeña partida compuesta de once hombres de arco, que se conservaban rebeldes por un Mulato apóstata que los capitaneaba; pues siempre fueron las sugerencias de estos infames fugitivos la causa de los alzamientos y rebeldia de los Indios, como tambien la de su diminucion y exterminio; pues siendo grande el número de los Seris, solo se presentaron ciento y ochenta y tres personas, diciendo los principales, que ellos y su Nacion habian padecido mas que las otras en esta guerra, porque les habian matado los Soldados el mayor número de los hombres de armas, y no quedaban mas que quarenta y uno, que con sus mugeres y hijos componian el dicho número: con esta próspera novedad se retiró la Trona de la Expedicion, y el Gobernador de las Provincias para México; y viniendo en su lugar otro, luego que vió á los Seris congregados con los Tiburones, y todos pacíficos, pero sin Ministro que los instruyese y gobernase, se lo pidió al Padre Presidente Fr. Mariano, que acababa de llegar de su viage, y no obstante sus fatigas, se le ofreció él mismo para su Misionero; y pidiéndole las demas providencias, así para su subsistencia, como para la ereccion de la Iglesia del Pueblo, y demas cosas necesarias á una fundacion nueva, por no tener el Gobernador arbitrio para darlas, se diffirió hasta dar razon de todo al Señor Virrey, cuyas providencias tardaron bastante tiempo.

conversion para con el Señor Virrey, y la adelantó hasta su cabal estado; pues no faltaba mas que S. E. firmara el decreto: pero quien podrá escrutar el abismo de los divinos? pues siendo estos de infalible efecto, se suspendió el de la reduccion de los Indios como humano, y con solo el motivo de un orden del Rey, para que pasasen á España el Señor Virrey y el Señor Visitador; pues para que fuesen consecuentes al dicho decreto sus ulteriores providencias, pidió el Señor Fiscal se suspendiese el expediente para el nuevo gobierno, por lo que el Procurador se retiró al Colegio.

Habia tambien representado el P. Fr. Mariano al R. P. Guardian y

Discretorio los graves y habituales accidentes que lo tenian sumamente mortificado, é imposibilitado para proseguir sus laboriosos viages ni aun á caballo, y les suplicó rendidamente que nombraran otro Presidente, que pudiera satisfacer las obligaciones del cargo; y como se esperaban de un dia á otro los despachos y providencias para la fundacion de las Misiones del rio Gila, segun el estado en que se consideraban como seguras y próximas, dieron al P. Fr. Mariano el consuelo de poner Presidente nuevo, y despacharon al P. Fr. Joseph del Rio con otros cinco Ministros supernumerarios, para que estuvieran prontos quando llegaran los despachos.

CAPÍTULO XVII.

Nuevo viage que hizo el Padre Garzés á los rios Colorado y Gila en el año siguiente de setenta y uno.

ANTES que los Religiosos llegaran á la Sonora, habian corrido en ella las noticias del favorable decreto que para la fundacion de las nuevas Misiones se habia suspendido, pero no se decia, sino que estaba ya expedido, y se aseguraba la fundacion como una cosa ya determinada y segura: sobre este principio le pareció al P. Fr. Francisco Garzés ser necesario ir á prevenir á las Naciones con quienes las tenia propaladas, y reconocer los parages que tenia vistos para informar mejor á los que hubieran de ejecutarlo segun el estado actual de los Indios, y de las proporciones necesarias al acierto: con esta intencion comunicó sus designios al Padre Prefecto y Presidente de las Misiones, el que con

la experiencia de los bueros efectos de sus viages antecedentes, y la proximidad de los nuevos Ministros, para que no quedara sin él la Mision de San Xavier, le dió su anuencia para hacer el que le proponia de nuevo.

Era necesario que lo hiciera solo y sin aparato de escoltas y le Soldados; y sabiendo que esto se murmuraba, diciendo que era teneridad emprender tales viages, yendo solo sin provision de bastimento y por los Yumas que los repugnaban, su intérprete, y expuesto quando méos, á perder la salud ó la vida, ó por la hambre, ó por el enojo de aquellos bárbaros; pero el Padre haciéndose cargo de cada una de estas razones, procuró satisfacerlas sincerado su proceder con aquella sencillez que

es nota de una intencion recta, y de la confianza que estriba en la soberana Providencia. «A la presente, dice en su Diario, no se pueden tomar otras providencias para mi entrada; pues no hay que hablar de pedir escoltas y de hacer gastos á las Misiones, y era menester superar muchas dificultades y ruidos, para hacer concurrir á los Soldados bastimentados, y sacar hijos, bestias y bastimentos de las otras Misiones, por no haber otro modo de subministrar estos necesarios, y yendo yo solo, me ahorro de muchos cuidados y ansias, para dar de comer á tantos familiares, y sin otros impedimentos para lo que se ofrezca: porque como mienten mucho los Indios, es menester valor para pasar á delante, y éste no lo tienen ellos, y en el mayor peligro dexan al Misionero solo, ó lo obligan á desamparar su empeño: por lo que en el caso de ir con escolta, deberá ser numerosa, bien bastimentada, y muy arreglada á todas las circunstancias de la entrada: Solo, y estribando en el puntal de la Providencia divina, lo llevan á uno sin reze-
«lo, son ménos dificeles para avisar de las Rancherías, agujas y camionos; es verdad que no lleva tanta autoridad el Ministro, pero así lleva mas menosprecio, humildad y pobreza, que parecen mas aptas para empeños de tal calibre.

«Los Yumas son Indios muy dóciles, y de malas armas, muchos no llevan arco, y si lo llevan es mal dispuesto, y con dos ó tres flechas: son muy amorosos, y demasiadamente liberales: los elotes, calabazas, melones y sandias muy regaladas, atole y pan de maiz, y semillas preciosas, pescados, ratones, lagartijas especiales: aves, raizes de la tier-

«ra y frutos de los árboles silvestres, me sobran; por lo que se puede andar mejor por los Yumas, que por otras Naciones del rio arriba. Solo una cosa ridicula me sucedió entre ellos, á mas de los bayles que son al compás muy violento, que hacen con un guage con piedrecillas, y canto muy ayroso, que en todas partes, y no una vez, me ponian mugeres delante, con señas de que fuese con ellas, y hubo veces que ellas mismas me preguntaban con acciones muy feas, si yo no comerciaba con las mugeres como sus hombres. Y poniendo yo la vista en el Santo Christo que llevaba al pecho, y levantándolo al Cielo, les significaba que en ese particular no vivia yo como ellos, de lo que resultaba hacerme mas cariño, y mas concepto de una cosa que para ellos era muy particular. Para no tener quebranto en la salud ó la vida, procuraba no alejarme de la agua mas trecho del que podia aguantar, y ellos me dieron un cantarito para llevarla: tambien cargaba lo que me sobraba de sus comestibles, á mas de que la pepita, tornillo y varios quelites le asientan bien á mi estómago: de modo, que hago juicio hoy dia no estuviera en San Xavier, si no hubiera hecho las dos jornadas antecedentes, que me dieron la vida.»

No siendo posible llevar intérprete por la variedad de idiomas, solo se acompañó de un Indio Papago, que entre los suyos era muy respetado, y llevando en un caballo los recados para decir Misa, salió de la Mision de San Xavier el día ocho de Agosto del año de setenta y uno, y tirando al Poniente, fue visitando muchas Rancherías, en las que les predicaba la palabra divina, decia Misa,